

## ¿QUÉ IDEALES PARA LA FORMACIÓN EN LOS PROCESOS EDUCATIVOS HOY?

---

MARÍA LUISA MURGA MELER

Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco

**RESUMEN:** En el pasado reciente la reflexión académica ha prescrito un conjunto de ideales que impulsen la configuración de los procesos de formación de las nuevas generaciones. Estos ideales se ven confrontados en la actualidad con las circunstancias de la vida de nuestra sociedad, en las que los cambios culturales, económicos y políticos introducen una mayor cuota de incertidumbre que se evidencia en la dificultad para lograr concretar las metas que señalan ofrecer una educación para todos. Una consecuencia de ello, es la reducción de 5 años en la permanencia escolar de algunos grupos de jóvenes, lo que significa que un porcentaje de ellos se quedará en el nivel de secundaria. Así las posibilidades de los sujetos para vislumbrar y concretar proyectos de vida, se hacen cada vez más

estrechas. En este contexto la educación y la formación, que articuladas representan en sí mismas el ideal con el que desde la reflexión académica se ha apostado para la transformación de la vida social, tienen que ser pensadas en términos del sentido que aportan y en los términos de la posibilidad que generan para concretar procesos de transformación social a partir del desarrollo de alternativas educativas reales. Por ello, en el presente trabajo, se busca promover la reflexión a partir de la interrogación acerca del sentido que ofrecen los ideales con los que invertimos a la formación, desde nuestras reflexiones y en relación con las actuales condiciones de la educación en México.

**PALABRAS CLAVE:** Formación, Educación, Ideales, Utopía, Jóvenes.

### Introducción

Las transformaciones que actualmente viven nuestras sociedades, en las que los cambios económicos y políticos no sólo se dejan sentir en esas esferas, sino que impactan todo el conjunto de la vida social, hacen que las condiciones en las que se concretan los proyectos educativos tengan que ser reflexionadas más allá del impulso a proponer nuevos y más sofisticados ideales para la educación y la formación. Ya que las condiciones reales en las que los jóvenes mexicanos se desarrollan actualmente, conllevan la crítica situación de que algunos (casi un 40% de la población mayor de 15 años) han perdido ya la

oportunidad de continuar sus estudios más allá de la secundaria. En este sentido el presente trabajo intenta desarrollar una mirada crítica reflexiva a lo que desde hace casi cuarenta años se ha constituido en la literatura académica más representativa en cuanto a las propuestas para la educación y formación de las nuevas generaciones. No es un ejercicio de denostación de los distintos planteamientos, es más bien una interrogación amplia a partir, inclusive, de las mismas propuestas de ideales formativos. Es decir, apoyados en la asunción de que en sí misma la relación de educación y formación es ya un ideal con todo lo que esto implica, se pretende propiciar la reflexión a partir de las preguntas: ¿a qué responden y hacia qué apuntan ciertos ideales de la formación y de la educación, que desde inicios de este siglo se han planteado en los distintos foros y en la literatura especializada? ¿Cómo, en las condiciones en las que actualmente se efectúa la vida de nuestra sociedad, podemos concretar el impulso de los ideales que proponen la constitución de sujetos reflexivos?

## Educación y Formación ideal de transformación

Históricamente la educación ha sido presentada como estrategia para la superación de carencias sociales, en algunas épocas se ha reconocido que con ella sería posible superar el estado de “atraso” y facilitar la conversión de los conquistados (la educación en la Colonia) y posteriormente con la que se podrían superar las condiciones impuestas por la misma conquista. Más adelante masificarla y fortalecer su carácter público y colectivo harían que los ideales revolucionarios alcanzaran a todos los sectores de la población y años después se pensó que con la educación, de la mano de la ciencia y la tecnología, se impulsaría el desarrollo y la modernización del país. Últimamente incluso desde el discurso que se construye en los países eminentemente neoliberales, se propone a la educación como el arma con la que se construirán sociedades más justas y dignas. En la denominada sociedad de la información, el conocimiento, la ciencia y la tecnología son considerados el capital cultural de las sociedades, *una riqueza que produce riqueza*. Con ello, se dice, “en la sociedad de la información y el conocimiento, una educación de calidad para todos es condición necesaria para el logro de la justicia social” (Tedesco, 2010, p.7).

Más allá de las sinceras intenciones o la retórica política e ideológica, la educación como institución social en su articulación solidaria con el resto de las instituciones de la sociedad, forma parte del entramado en el que se dirime y concreta la vida de los individuos. Así la educación conlleva no sólo la función de transmitir y preservar los saberes y las

disciplinas; sino también la de responder a las transformaciones históricas en las esferas técnica y económica. Las que plantean múltiples exigencias de incorporación de nuevas estrategias de organización del trabajo, y que implican la adopción de patrones de acción derivados de dichas estrategias, con los que se buscaría establecer modos instrumentales de concretar el encargo educativo (Mier, 2006).

En este entramado al proceso educativo de las nuevas generaciones se le ha incorporado la condición de la formación. La educación así, trasciende la mera instrucción y deviene en un proceso mucho más rico y complejo, que efectivamente conlleva la transmisión pero con derivaciones diferenciales singulares. En este sentido la formación es “un proceso de transformación del sujeto a partir del cual –en su interacción con los otros— va adquiriendo o transformando capacidades, formas de sentir, de actuar, de imaginar, de comprender, de aprender, para desempeñar prácticas sociales determinadas. La formación es un proceso de *trans-formación de sí mismo* en función de resignificar lo que [el sujeto] ha sido o imagina ser” (Anzaldúa, 2004, pp.89-90).

Así pensar la educación y la formación como indisolublemente ligadas en el proceso social, es en sí mismo un ideal que prácticamente desde los años 50 del siglo pasado, acompaña buena parte de las reflexiones académicas en torno de los procesos educativos que se llevan a cabo en nuestras sociedades.

## **Dificultades y realidad de la vida social y la educación**

Sin embargo, actualmente vivimos tiempos que en ocasiones se presentan difíciles y oscuros, sobre todo en relación con las posibilidades de concreción de los objetivos de la educación y la formación que se ofrece a las nuevas generaciones. Que los estudiantes egresen lo mejor preparados para enfrentar los retos de una realidad social y económica no sólo diversa, sino en ocasiones adversa, se hace más difícil en determinados contextos y niveles educativos. Asimismo, la realidad que se vive en las escuelas y universidades en nuestro país no sólo habla de las dificultades para proveer de los recursos materiales mínimos para atender las demandas, sino que también habla de la sistemática transformación que el sistema educativo ha sufrido, quizá desde los últimos 20 años y que se traduce en un esquema, en cierto sentido mecánico, de administración de la aprobación-reprobación de los estándares nacionales e internacionales. Con lo que se ha relegado la responsabilidad inherente al trabajo de reflexión y análisis de las condiciones de

efectuación del proceso formativo y los soportes conceptual críticos con los que ofrecemos ciertas perspectivas para la formación, como para las posibles alternativas de desarrollo escolar y posterior ejercicio profesional de nuestros alumnos, en su incorporación a la vida productiva de la sociedad.

Las dificultades que se presentan son diversas. Las más significativas se refieren, por un lado, a la ausencia de las condiciones sociales y pedagógicas que se requieren para el desarrollo del aprendizaje como proceso de incorporación y desarrollo de conocimientos. Por otro lado la distancia creciente entre docentes y alumnos, es provocada en parte por la presión constante que los primeros tienen que soportar en cuanto al cumplimiento de ciertos estándares, que se traducen en requerimientos administrativos y que hace que los alumnos queden colocados como variables disruptivas para el “logro de la función docente”. Situación que además genera la pérdida paulatina de la autoridad pedagógica de los docentes frente a los alumnos y padres de familia. Lo que adicionalmente se entrelaza con las transformaciones de la vida social, en las que a partir del primado de la lógica del mercado, las dificultades sociales se individualizan asignando exclusivamente la responsabilidad de logros o fracasos escolares a los méritos personales o a las malas decisiones individuales.

En este contexto encontramos que en el pasado Censo Nacional de Población y Vivienda, (INEGI, 2010, p.11) se reportó que del total de población en edades entre los 6 y los 24 años, el 76.06% en promedio, asiste a la escuela y que el 56.1% del total de población mayor de 15 años cuenta con educación básica. En el mismo censo se reporta que el segmento de población entre 15 y 24 años reporta una reducción significativa en cuanto a su asistencia a la escuela, ya que sólo el 40.4% señaló que lo hacía en el 2010. Lo anterior era un dato significativo desde el año 2005, cuando, con base en datos de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ), era posible reconocer que la tendencia a dejar los estudios cada vez más tempranamente se ha ido acentuando, porque cuando el grupo de población entre los 20 y 25 años había dejado la escuela sólo hacia los 20 años (en un 25%), otro similar 25%, el del grupo de 15 a 19 la dejó a los 15. Es decir, se redujo en 5 años la permanencia de los jóvenes en el sistema educativo, lo que implica –para algunos— el recorte de más de un nivel educativo (incluyendo la educación media) y para otros la interrupción de su educación en el nivel de secundaria.

Con ello estos grupos de edad y los que vienen detrás se encuentran en condiciones de vulnerabilidad significativa frente a las dificultades que entraña la actual vida económica

de nuestras sociedades. Además si relacionamos estos datos con los que indican que más de la cuarta parte de los jóvenes sólo trabajan y otro tanto se encontraba estudiando al momento de comenzar a trabajar, podemos decir que los jóvenes de nuestra sociedad, a quienes en mayor medida se dirigen los esfuerzos sociales para la educación y nuestras reflexiones en torno de la formación, no están en las mejores condiciones de acceder a la obtención de las herramientas necesarias para desempeñarse lo mejor posible en la vida y el trabajo (IMJ, 2006).

Lo anterior se relaciona, entre otras cosas, con el hecho de que estas generaciones que nacieron luego de los años ochenta, además de tener que remontar los efectos de las crisis recurrentes desde entonces, hoy viven con un mayor grado de incertidumbre debido al efecto desregulador ocasionado por el debilitamiento de las instituciones y la volatilidad de las condiciones que configuran el espectro económico y político en el que tendrán que formarse y en el que se dibujarían las posibilidades de configurar y concretar proyectos de vida a futuro (The World Bank, 2007).

Esto, en la sociedad del conocimiento con los cambios culturales, económicos y políticos que se han generado, introduce una mayor cuota de incertidumbre y con ella las posibilidades de los sujetos para vislumbrar y concretar proyectos de vida, paradójicamente se hacen cada vez más estrechas, como señala Tedesco “mientras por un lado hay más necesidad, demanda y urgencia por la formación del sujeto, por el otro se están deteriorando las condiciones institucionales para hacerlo” (2008, p.60). Este declive institucional no es neutro y en nuestro país adquiere dimensiones significativas en el contexto actual; ya que ese deterioro conlleva que en los diversos sectores sociales, pero más aún en los sistemáticamente excluidos, se genere una dinámica de respuestas violentas en desmedro de la capacidad social de buscar y concretar la garantía institucional con la que sea posible acceder a la realización de los derechos mínimos a la salud, la educación y la protección social, es decir más allá de de buscar elevar demandas de un orden social más justo, se expresan respuestas de violencia.

### ¿Más ideales para la formación?

En tales condiciones ¿a qué responden y hacia qué apuntan ciertos ideales de la formación y de la educación que desde inicios de este siglo se han planteado en los distintos foros y en la literatura especializada? ¿cómo, en las condiciones en las que actualmente

se efectúa la vida de nuestra sociedad, podemos concretar el impulso de los ideales que proponen la constitución de sujetos reflexivos?

Al respecto se plantea que la educación tendría que formar sujetos que desarrollen competencias expresivas y de cálculo, que incorporen elementos de la cultura científico-tecnológica básica y a su vez, valores propios de la ciudadanía democrática, valores morales de convivencia y valores relativos a la identidad de sus naciones. Aunado a esto se plantea que una educación “que pretenda construir sujetos, es una educación centrada en el alumno, en el desarrollo de todas sus potencialidades y capacidades” (Tedesco, 2008, p.61), tanto de conocerse a sí mismos, como de poder expresar sus necesidades y demandas, y que no sean meros repetidores de información y mucho menos desertores de los procesos de aprendizaje.

¿Cómo entonces estos ideales se relacionan con la vida de nuestra sociedad a partir de los datos referidos párrafos arriba? y con los que podemos reconocer que las posibilidades de educación de nuestros jóvenes cada día disminuyen más, a pesar de que según los datos de la ENJ 2005 (IMJ, 2006), para el 77.7% de los jóvenes entre los 15 y 29 años la escuela les ha servido para superarse, al 88.8% para obtener conocimientos y al 43.1% para conseguir un buen trabajo. Que el 48% de ellos considera a su vez que la escuela les ha formado para seguir aprendiendo, el 44.1% para conocer y analizar la realidad, para trabajar en equipo y resolver problemas (44.7 y 44.9%), y finalmente el 48% considera que la educación es lo que les permitirá obtener un buen empleo. Pero que en la realidad actual de nuestra sociedad, con el aumento de la incertidumbre, expresado, como señalábamos, en una falta de oportunidades para continuar los estudios, una dilución de las instituciones y casi ninguna certeza de que sus proyectos de vida se podrán concretar. Hace que estos jóvenes que, en cierto sentido, expresan una valoración positiva para la escuela y el trabajo, establezcan cada vez más relaciones aleatorias con la escuela y el trabajo mismos. Relaciones en las que generalmente los más desprotegidos son aquellos que concretaron menores niveles educativos, lo que se traducirá en condiciones precarias de empleo y por consiguiente de vida. Como señala Castel, en algunos casos, sobre todo aquellos jóvenes “en situación de fracaso escolar, efectivamente pierden la referencia positiva con el trabajo, y... sus posibilidades de encontrar un empleo que presente interés cualquiera son muy pequeñas. Sobre todo son ellos los que desarrollan modos de economía informal, lícitos o ilícitos” (2010, p.122).

Por ello mismo, ¿qué ideales, qué educación y qué formación adelantamos como proyecto de país y de sujetos? y si tenemos en cuenta que la educación no hace referencia a una sola y única forma de proceder surgida unilateralmente y fuera del tiempo, sino más bien a un conjunto de elementos sociales cuya forma y función atienden tanto a determinaciones funcionales como históricas –imaginarias. Entonces no será que es preciso detenernos y en nuestro trabajo académico dejar de adelantar ideales, que suenan bien y son hasta cierto punto promisorios, pero que en su vinculación necesaria con las formas de la utopía, al proponerlos cada vez y pretender concretarlos como condiciones de existencia social, estamos mistificando su poder de impulsar procesos de transformación.

Porque si de manera general se puede reconocer que en los diversos campos del acontecer humano la utopía brinda la posibilidad de construir horizontes, de crear la necesaria ilusión que pone en marcha las instituciones y proporciona la energía hacia la constitución de mundos en los que se postula un ejercicio diferencial del poder. En las condiciones actuales en las que se dirime la concreción de las tareas educativas, ocurre que al pretender guiarlas con las determinaciones que señala el cúmulo de ideales prescritos desde la academia, éstos se transforman en modelos utópicos estereotipados, con los que sólo se sostienen las prácticas que atienden los términos del valor que representan para el propio modelo en sus condiciones internas y no en los términos que la realidad social y educativa de cada contexto exige.

Las utopías pedagógicas cargadas con nuestros ideales, al llevarse a la práctica, se condensan en formas estereotipadas de un ejercicio de poder, que borra el continente dentro del cual los sujetos en formación son sometidos a un “doble mensaje” que desestructura. Un doble mensaje que al promover aparentemente las condiciones de una formación reflexiva con la que se apuntale la constitución de los sujetos, estos son dejados a la deriva de las tendencias de individualización de las dificultades sociales. De suerte que la energía colectiva que se supone animaría el ejercicio educativo a partir del impulso de los ideales de la formación, queda destinada a sostener las ideas esquematizadas de modelos educativos cristalizados (de aprendizaje significativo o por competencias, etc.) frente a las necesidades reales de la sociedad. Así los ideales que tan promisoriamente adelantamos en cada comunicación, debate, propuesta o proyecto de reforma son llevados a las condiciones de una ideología por defender, más allá de la propia condición de los sujetos, en sus vínculos con los otros, y a los que se pretende formar con base en las novedosas y

creativas modalidades que se formulan para propiciar la transformación reflexiva de nuestra sociedad en un entorno más justo.

De manera que si todavía nos encontramos que los jóvenes consideran a la educación como algo relevante en sus vidas y que además de que piensan que les ofrece elementos para tratar de encontrar un empleo, “los forma”. Si casi la mitad de los jóvenes mexicanos todavía hace 5 años reconocía que en la escuela pueden formarse para seguir aprendiendo, analizar la realidad, trabajar en equipo y resolver problemas, entonces nos encontramos frente al reto de dejar de apuntar ideales, para enfocar nuestros esfuerzos de lucidez en la concreción de alternativas concretas para la satisfacción de las necesidades y demandas educativas de los jóvenes en las sociedades actuales.

## Referencias

- Anzaldúa, A. R. E. (2004). *La docencia frente al espejo. Imaginario, transferencia y poder*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2011). *Panorama Sociodemográfico de México. Censo de Población y Vivienda 2011*. México: INEGI.
- Instituto Mexicano de la Juventud. (2006). *Encuesta Nacional sobre Juventud 2005*, México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Mier, G. R. (2006). Prólogo. Para una reflexión sobre la imaginación. En Jiménez, M. A. (coord.) *Los usos de la teoría en la investigación* (pp. 13-25). México: Plaza y Valdés.
- Tedesco, J. C. (2008). ¿Son posibles las políticas de subjetividad? En Tenti, F. E. (comp.) *Nuevos temas en la agenda de política educativa* (pp. 54-64). México: Siglo XXI.
- Tedesco, J. C. (2010). *Educación y justicia: El sentido de la educación. XXV Semana Monográfica de la Educación. La Educación en el Horizonte 2020*. Madrid: Fundación Santillana.
- The World Bank, (2006). *World Development Report 2007. “Development and the next generation”*. Washington DC: The International Bank for Reconstruction and Development/ The World Bank.